

## HORACIO Y SU POESÍA DE LA MUERTE: LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

Manuel Mañas Núñez  
Universidad de Extremadura

Cuando Horacio teoriza en su *Ars poetica* (vv. 309-322) sobre la vocación y la misión del poeta, expone que el buen poeta, el poeta ideal, debe poseer una completa formación filosófica, tal como los poetas griegos, que en eso eran bien diferentes de los romanos. Mezclando las tesis peripatéticas con las estoicas, restringe el tema de la sabiduría del poeta sólo al ámbito de la moral: la sabiduría que invoca es la práctica de la virtud. No se puede escribir bien si no se vive bien, es decir, rectamente. Frente a los que dan mayor importancia al aspecto formal de la poesía (*uerba*), Horacio insiste en la primacía de los argumentos (*res*), que deben estar penetrados de sabiduría filosófica. Por ello el Venusino propone como modelo a los poetas griegos, porque ellos supieron maridar perfectamente poesía y filosofía, placer estético y contenidos morales. Ésa es la auténtica poesía para Horacio; ésas son las verdaderas metas que debe proponerse el poeta: enseñar y deleitar<sup>1</sup>.

Filosofía y poesía, por tanto, tienen mucho que ver. Cuando en Grecia nace la filosofía, nace en verso. Los primeros filósofos son poetas. También Horacio es un filósofo poeta, o mejor, un poeta filósofo. Su poesía está impregnada de filosofía y, sobre todo de epicureísmo, aunque hay también elementos traídos del estoicismo. A pesar de los conceptos estoicos presentes en su poesía, como su creencia en la providencia de los dioses o el canto a la famosa *aurea mediocritas*, traducida en conceptos como la templanza, medida o medianía, o la defensa de la *apatía* y la condena de las riquezas, el lujo y la molicie, exaltando la austeridad vital, Horacio es, fundamentalmente, un poeta epicúreo. Horacio exalta las relaciones de amistad, sobre todo con Mecenas, Virgilio y Augusto; pretende distanciarse de la vida pública y gusta de la tranquilidad de la vida retirada en escenarios campestres; nos incita continuamente a los placeres de la vida y al disfrute de lo efímero; aspira a la imperturbabilidad anímica o ataraxía, concepto clave del epicureísmo como camino para alcanzar el placer supremo: todo esto es epicureísmo.

Pero Horacio es también un poeta que reflexiona sobre la vida y sobre la muerte. La tema de la muerte impregna toda su lírica y acaso sea éste uno de los más recurrentes de su poesía. La muerte vista desde distintos puntos de vista, ya como privación de los placeres terrenales y entonces va con frecuencia unido al tema del *carpe diem* o goce del presente; ya como destino universal del hombre, convirtiéndose así en un poeta preexistencialista en la misma línea que Heidegger; ya como el descanso de las

---

<sup>1</sup> Cf. M. Mañas Núñez, *Horacio. Arte poética. Estudio, traducción y comentarios*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1998, pp. 64-65.

tribulaciones de la vida; ya como reflejo de la brevedad de la vida, etc. Todas estas manifestaciones estaban ya presentes en la lírica anterior, de la que Horacio bebe literariamente, en la lírica griega. Son conocidos, en efecto, los versos de Solón, Semónides, Teognis, Arquíloco, Mimnermo, Estesícoro, Safo, Alceo, Anacreonte o Íbico, sobre la vida y la muerte, sobre la infancia, la juventud, la vejez y el destino universal de todos, la muerte. Estos son los principales patrones literarios de Horacio, pero no los únicos<sup>2</sup>.

En fin, han corrido ríos de tinta sobre Horacio y su poesía de la muerte. Por ello, lo que vamos a hacer es una lectura personal de algunas de sus odas, evitando conscientemente eludir a las distintas lecturas que han hecho sobre el tema filólogos tan importantes como Pohlenz, Parisella, Hulton, Otón Sobrino o Mariner<sup>3</sup>. Nos parece que Horacio hunde sus raíces, además de en la filosofía epicúrea, en la filosofía popular de origen helenístico con tintes estoicos. Él no era filósofo; era un poeta que, eclécticamente, arropaba el saber popular de la más exquisita forma poética.

Pues bien, dentro de la producción lírica horaciana (*Odas* y *Epodos*) de corte filosófico-moral, hay una serie de poesías en las que Horacio reflexiona poéticamente sobre el hecho de la muerte como destino universal del hombre, identificando metafóricamente el ciclo eterno de las cuatro estaciones naturales y el período efímero e irrepitable de las distintas edades del hombre. Extraemos la conclusión de que la continua sucesión de las estaciones siempre le lleva a Horacio a meditar sobre el paso del tiempo, la brevedad de la vida humana y la inminencia de la muerte. Se trata de un planteamiento que hunde sus raíces en la filosofía pitagórica, si bien se mezcla pitagorismo con epicureísmo y, ante esta advertencia, el poeta casi siempre aconseja, ya desde una perspectiva claramente epicúrea, el disfrute de los placeres presentes, el conocido *carpe diem*. A estas ideas filosóficas, pasadas por el tamiz del saber popular, Horacio las reviste del más exquisito ropaje poético. Tenemos, pues, una vez más la unión de filosofía y poesía, enseñanza y deleite, como el reflejo de la verdadera poesía y la plasmación de la suprema obra de arte.

En el presente trabajo vamos a centrar nuestra atención en cinco composiciones (*Odas* 1.4, 4.7, 4.12, 1.9 y *Epodo* 13), que, como hemos avanzado, comienzan con una imagen naturalística, más concretamente con la *ékfrasis* de una de las estaciones (la primavera, el verano o el invierno), para acabar reflexionando el poeta sobre el carácter cíclico del tiempo en oposición a lo efímero y pasajero de la vida humana. Se da, por tanto, en Horacio una asimilación entre las cuatro estaciones naturales y las otras tantas etapas de la vida. Esquemáticamente lo podemos reflejar así:

Primavera-----Niñez-Juventud

---

<sup>2</sup> Cf. V. Cristóbal, en la introducción del libro Horacio, *Odas y Epodos*, ed. bilingüe de M. Fernández Galiano y V. Cristóbal, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 32-33.

<sup>3</sup> Cf. la bibliografía que cita V. Cristóbal en las páginas aludidas en la nota anterior.

---

Verano-----Juventud-Madurez  
Otoño-----Madurez-Vejez  
Invierno-----Vejez-Muerte.

Creemos que en estas correspondencias reside la clave de interpretación de las composiciones objeto de estudio.

### 1. Horacio (*Odas 1.4, 4.7, 4.12, 1.9 y Epodo 13*)

En efecto, hay composiciones en las que Horacio medita sobre lo efímero de vida humana y, más que nada, sobre lo poco que duran los momentos placenteros. Unida a ello, se encuentra la constatación de la brevedad de la juventud y la imperceptible llegada de la vejez. La vejez está a un paso de la muerte. Por tanto, el consejo horaciano es que, mientras seamos jóvenes, disfrutemos de lo que la vida nos ofrezca. Es, evidentemente, el motivo del *carpe diem*. Así lo expresa en la oda 1. 4:

Soluitur acris hiems grata uice ueris et Fauoni, trahuntque siccas machinae carinas, ac neque iam stabulis gaudet pecus aut arator igni, nec prata canis albicant pruinis.	
Iam Cytherea choros ducit Venus imminente Luna, iunctaeque Nymphis Gratiae decentes alterno terram quatunt pede, dum grauis Cyclopum Vulcanus ardens uisit officinas.	5
Nunc decet aut uiridi nitidum caput impedire myrto aut flore terrae quem ferunt solutae;	10
nunc et in umbrosis Fauno decet immolare lucis, seu poscat agna siue malit haedo.	
Pallida Mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regumque turris. O beati Sesti, uitae summa breuis spem nos uetat incohare longam.	15
Iam te premet nox fabulaeque Manes et domus exilis Plutonia; quo simul mearis, nec regna uini sortiere talis, nec tenerum Lycidam mirabere, quo calet iuuentus nunc omnis et mox uirgines tepebunt <sup>4</sup> .	20

---

<sup>4</sup> De los textos de Horacio damos nuestra propia traducción: "Ya se disipa el duro invierno con la grata llegada de la primavera y del favonio, y las máquinas arrastran las secas quillas, y ya no apetece los establos el ganado ni el labriego la hoguera, ni los prados blanquean con la cana escarcha. Ya Venus Citerea conduce sus coros cuando la luna brilla y las deliciosas Gracias junto a las Ninfas baten la tierra con sus bailes, mientras el ígneo Vulcano visita la tenebrosa fragua de los Cíclopes. Ahora es el momento de ceñir la perfumada cabeza con el verde mirto o con las flores que brotan de la tierra en el deshielo. Ahora es el

Como se comprueba, la oda se abre con la imagen naturalística de la llegada de la primavera: se acaba un ciclo, el invierno, y comienza otro, la primavera. Ahora, con la primavera, dice Horacio, es cuando debemos rendir culto al dios protector de los rebaños: el clima es plácido, de noche ya no hiela; aprovechemos, dice Horacio, la primavera y la ocasión de estos cultos divinos para perfumarnos, bailar y beber; disfrutemos ahora que es primavera, porque pronto llegará la muerte y nos cubrirá con su velo tenebroso. Cuando la implacable muerte nos golpee, todos los placeres de la vida se terminarán.

El tema de la llegada de la primavera es un tema universal de la poesía. Ya estaba en un fragmento de Alceo (fr. 286 L.-P.), posible fuente de Horacio para la obertura de la oda; y en un epigrama de Leónidas de Tarento (A.P. 10.1; cf. 2, 4, 5, 6, 14, 15, 16); y en la literatura latina tenemos el célebre poema 46 de Catulo, su despedida de Bitinia al regresar a Roma, poema que comienza con la llegada de la primavera (vv. 1-3); o las conocidas descripciones de la primavera en Lucrecio ( 1.1 ss.; 5.737 ss.), en Virgilio (*Georg.* 1.43 ss.) o en Ovidio (*Fast.* 1.151 y *Trist.* III 12) o en el *Peruigilium Veneris*.

Las fuentes del de Venusia son, pues, Alceo, Catulo, Lucrecio y quizás Virgilio, pero sólo en lo que respecta a la *écfrasis* de la primavera. Lo que ocurre es que Horacio va más allá, mezclando lo natural con lo humano, lo exterior con lo interior, lo visible con lo intangible. Horacio va más allá de la simple descripción de la naturaleza y de la incitación de los goces presentes. La oda es una reflexión sobre el paso del tiempo y sobre lo efímero de la existencia humana. Hay una asimilación entre el ciclo natural de las estaciones y el ciclo vital del hombre. Haciendo una lectura alegórica, que pensamos es la acertada, habría que identificar la primavera de la naturaleza con la juventud humana, el verano con la madurez, el otoño con la decadencia de la vejez y el invierno con la fría y pálida muerte. El mensaje que Horacio quiere dar a Sestio es que, ahora que en su cuerpo habita la primavera, esto es, la juventud, debe gozar de los placeres que tal edad ofrece: bebe vino, le dice, sé tú, que puedes, el rey del banquete y aprovecha que ahora te atrae el mancebo Lícidas, fuego para jóvenes y doncellas. Aprovecha ahora que eres joven: es, evidentemente, el motivo del *carpe diem*. Pero también está la reflexión del paso del tiempo, que sin darse uno cuenta se consume: igual que pasan la primavera, el verano y el otoño en apenas nueve meses, también así la juventud se pasa pronto. Y hay otro mensaje aún más profundo en la oda. Ya no importa tanto que el tiempo pase inexorablemente y que la juventud y la vida, en general, sean tan breve. Lo peor es que la presencia de la muerte es constante; lo peor es que quizás no llegemos a ver el día de mañana y nos

---

momento de ofrecer sacrificios a Fauno en los umbrosos bosques, ya pida una cordera ya prefiera un cabrito. La pálida muerte golpea con igual pie las chozas de los pobres y los palacios de los reyes. ¡Feliz Sestio, la vida, demasiado breve, nos impide albergar una larga esperanza! Pronto se abatirán sobre ti la noche, los fabulosos Manes y la ruin morada de Plutón. Cuando allí llegues, ya no te tocará en suerte ser el árbitro de la bebida, ni admirarás al tierno Lícidas, en cuyo fuego se quema ahora toda la juventud y por el que pronto las doncellas arderán en deseos”.

---

muramos aquí y ahora mismo. La muerte no es sólo universal, es también inminente y ubicua. Recuérdese lo que Cicerón decía en *De senectute* 68:

*At est eo meliore condicione [senex] quam adulescens, cum id quod ille sperat hic consecutus est; ille uult diu uiuere, hic diu uixit<sup>5</sup>.*

Horacio abre también las odas 4.7. y 4.12 con el mismo tema, la llegada de la primavera. La oda 4.7, una *retractatio* de la anteriormente estudiada, es una de las más logradas composiciones de Horacio. Leámosla:

Diffugere niues, redeunt iam gramina campis arboribusque comae; mutat terra uices, et decrescentia ripas flumina praetereunt;	
Gratia cum Nymphis geminisque sororibus audet ducere nuda choros.	5
Immortalia ne speres, monet annus et alnum quae rapit hora diem: frigora mitescunt Zephyris, uer proterit aestas interitura simul	10
pomifer Autumnus fruges effuderit, et mox bruma recurrit iners.	
Damna tamen celeres reparant caelestia lunae: nos ubi decidimus	15
quo pater Aeneas, quo Tullus diues et Ancus, pulis et umbra sumus.	
Quis scit an adiciant hodiernae crastina summae tempora di superi?	
Cuncta manus auidas fugient heredis, amico quae dederis animo.	20
Cum semel occideris et de te splendida Minos fecerit arbitria, non, Torquate, genus, non te facundia, non te restituet pietas;	
infernis neque enim tenebris Diana pudicum liberat Hippolytum,	25
nec Lethaea ualet Theseus abrumpere caro uincula Perithoo <sup>6</sup> .	

---

<sup>5</sup> "Precisamente, por eso mismo el anciano está en mejores condiciones que el joven, porque él ya ha conseguido lo que éste espera alcanzar: desea el joven vivir largo tiempo, el anciano ya ha vivido largo tiempo" (traducción nuestra).

De nuevo comienza la oda con la metamorfosis del paisaje, que abandona su rostro invernal para vestirse de primavera: vuelven la hierba y las ramas, las flores y las aguas a sus cauces. Se acaba la oscura esterilidad y vuelve la luminosa fertilidad; la tristeza del invierno, tan triste como la muerte, da paso a la alegría de la primavera, tan alegre como la juventud. Pero eso ocurre en la naturaleza, que es un ciclo imperecedero; muere una estación y nace otra y siempre así. Pasa lo mismo con el día y la noche: es un ciclo eterno; muere el día y nace la noche que, a su vez, agoniza para dar vida al nuevo día; y siempre así. Y se podría decir lo mismo de la humanidad; nacemos, crecemos, engendramos nuevas vidas y morimos, para que nuestros hijos engendren otros hijos que renueven, a su vez, aquellos hijos que ya tienen que morir. Pero no es eso lo que importa al hombre; lo que nos importa a nosotros. Nuestra preocupación somos nosotros, mi preocupación soy yo; y yo no poseo esa virtud de resurgimiento: mi muerte es segura, no sé cuándo, y no hay retorno: *inmortalia ne speres* (v.7) dice el poeta; conforme vaya cumpliendo mis estaciones (juventud, madurez, vejez... y muerte) todo se va terminando. El hombre se termina y no retorna. El tiempo, como vemos, es cíclico y por ello inmortal; el tiempo, pues, no pasa, pasamos nosotros.

Para la descripción del cambio de estación, las fuentes de Horacio pueden ser las mismas que antes señalamos. La diferenciación pesimista entre el ciclo de la naturaleza y el de la vida humana está tomada, con toda seguridad, de Catulo (5.4-6):

Soles occidere et redire possunt:  
nobis cum semel occidit brevis lux,  
nox est perpetua una dormienda<sup>7</sup>.

Lo que ocurre es que Catulo deriva este pesimismo inicial hacia el motivo del *carpe diem*: dado que somos efímeros, aprovechemos para besarnos sin fin. Horacio, en cambio, elude en esta ocasión la incitación al goce del presente, sólo sugerido implícitamente en los versos 19-20, y agrava el pesimismo del modelo con una reflexión más profunda sobre la muerte. Y ello lo logra acudiendo a los *exempla* mitológicos. Si

---

<sup>6</sup> "Huyeron las nieves, vuelve ya la hierba a los campos y a los árboles la fronda; se renueva la tierra y bajan los ríos corriendo por sus cauces naturales; la Gracia, junto con las ninfas y sus hermanas gemelas, se atreve a conducir desnuda los coros. 'No esperes nada inmortal', aconsejan el año y la hora que arrebató el alma; los fríos se mitigan con los céfiros; a la primavera la destroza el verano, que morirá en cuanto el pomífero otoño haya prodigado sus frutos, y luego vuelve de nuevo el estéril invierno. La luna veloz repara los daños del cielo, pero nosotros, cuando caemos a donde el padre Eneas, a donde el rico Tulo y Anco, polvo y sombra somos. ¿Quién sabe si añaden un mañana al día de hoy los dioses de arriba? Huirá a las ávidas manos del heredero todo lo que hayas entregado a tu alma amiga. Tan pronto como hayas muerto y Minos haya dictado sobre ti su inapelable sentencia, ni tu linaje, Torcuato, ni tu elocuencia ni tu piedad te devolverán la vida; tampoco Diana libra de las tinieblas infernales al casto Hipólito, ni Teseo puede romper las cadenas del Leteo que atenazan a su querido Pirítoo".

<sup>7</sup> "Los soles pueden morir y volver a salir, pero nosotros, en cuanto muera nuestra vida breve, tendremos que dormir una noche eterna" (trad. de Ramírez de Verger, *Catulo. Poesías*, Madrid, 1988).

murieron Eneas, el gran héroe semidivino, y reyes como Tulo y Anco; si ni Diana, una diosa, puede librar a Hipólito de los infiernos, ni tampoco el matador del Minotauro, Teseo, puede salvar a su amigo Pirítoos, ¿cómo tú, Torcuato, un simple mortal, podrás escapar de la muerte? El mensaje de Horacio es claro: si estos héroes de ficción murieron, tú, Torcuato, un ser real, morirás también. La conclusión está escrita: *pulvis et umbra sumus*.

Y esto es epicureísmo: todo se acaba con la muerte. Las referencias a los infiernos y a los héroes son simplemente *exempla* que el poeta utiliza para dar brillo literario a su composición. El Más Allá es ficción y Horacio lo sabe; la providencia divina que se atisba en los versos 17-18 puede ser influjo del estoicismo, pero, conociendo a Horacio, que es un poeta burlón, diríamos que se trata de un artificio literario más: la tradición pone en manos de los dioses la distribución de la vida y él también lo hace así, por mimetismo, pues el comienzo del verso 17: *quis scit an...* parece tremendamente irónico. Igualmente en tono jocosos se ríe de cómo el heredero está esperando impacientemente que muera el rico, para hacerse de golpe con la fortuna amasada durante una vida entera.

La oda es, sin duda, pesimista. Y el pesimismo ante la muerte supone pesimismo ante la vida. Eso no es epicureísmo; es estoicismo. Ahora bien, ¿es real este pesimismo?, ¿es sentida la reflexión sobre la brevedad de la vida, la inminencia de la muerte y la imposibilidad del retorno? Quizás. Ahora, en el año 13 a.C., Horacio tiene cincuenta y tres años y está en el otoño de su vida; le faltan sólo cinco para morir. El tono de este cuarto libro es, desde luego, más amargo que el de los demás. Pero, reflexiones semejantes aparecen en los otros tres libros. Pensemos, por tanto, que se trata de un ejercicio literario, del despliegue de toda una serie de motivos y tópicos universales, pero que, posiblemente, ahora los siente más que nunca.

Otra oda, la 4.12, de estructura claramente bipartita (vv. 1-12; 13-28), se inicia con un cuadro primaveral que ocupa por entero la primera parte de la composición. Pero aquí no se nos describen los albores de la primavera con el deshielo propio del ocaso del invierno; la primavera de esta oda está ya avanzada, cercana ya al verano (vv. 13-14). Leamos primero la oda:

iam ueris comites, quae mare temperant,  
impellunt animae linthea Thraciae;  
iam nec prata rigent nec fluuii stepunt  
          hiberna niue turgidi.

Nidum ponit Ityn flebiliter gemens  
infelix auis et Cecropiae domus  
aeternum opprobium, quod male barbaras  
          regum est ultra libidines.

5

Dicunt in tenero gramine pinguium  
custodes ouium carmina fistula  
delectantque deum cui pecus et nigri  
          colles Arcadiae placent.

10

**Actas de las III Jornadas de Humanidades Clásicas  
Almendralejo. Febrero de 2001**

---

Adduxere sitim tempora, Vergili; sed pressum Calibus ducere Liberum si gestis, iuuenum nobilium cliens, nardo uina merebere.	15
Nardi paruus onyx eliciet cadum, qui nunc Sulpiciis accubat horreis, spes donare nouas largus amaraque curarum eluere efficax.	20
Ad quae si properas gaudia, cum tua uelox merce ueni: non ego te meis immunem meditor tingere poculis, plena diues ut in domo.	
Verum pone moras et studium lucri, nigrorumque memor, dum licet, ignium misce stultitiam consiliis breuem: dulce est desipere in loco <sup>8</sup> .	25

Hallamos primero la *écfrasis* prologal de la primavera: el mar en calma y las naves bogando; los campos vestidos de flores y los ríos corriendo plácidamente; la golondrina en su nido y los pastores cantando bucólicamente en la hierba: un *locus amoenus* que ha hecho pensar en que el Virgilio destinatario es el poeta de Mantua. Tras la descripción, la invitación a Virgilio para que acuda a un banquete (*uocatio ad cenam*), pero sólo si trae un frasco de esencia de nardo; entonces el poeta le deleitará con un buen vino. Se trata de un eco evidente de Catulo 13, poesía de invitación a Fabulo, sólo que, en este caso, Catulo está sin dinero y es el invitado el que tendrá que traer comida, vino y los demás elementos del banquete; el anfitrión sólo aportará a cambio de todo ello un perfume exquisito. Comprobamos, por tanto, que Horacio ha invertido, respecto a Catulo, los papeles de anfitrión e invitado. Pero quizás la fuente más clara del Venusino sea una composición de Alceo en la que están presentes los dos componentes de la oda latina: la descripción de la primavera-verano y la exhortación a la bebida:

---

<sup>8</sup> “Ya las brisas tracias, compañeras de la primavera, templan el mar e hinchan las velas; ya ni los prados están helados ni los ríos suenan crecidos por la nieve invernal. Instala su nido, llorando tristemente a Itis, la infeliz ave y eterno oprobio de la casa de Cécrope, pues vengó cruelmente las pasiones de aquel rey extranjero. En la tierna hierba entonan cánticos al son de la flauta los guardianes de las pingües ovejas y deleitan al dios que se complace con los rebaños y las umbrías colinas de la Arcadia. La estación nos ha traído la sed, Virgilio; pero si ardes en deseos, cliente de nobles jóvenes, por probar mi Líber pisado en Cales, te ganarás el vino a cambio de nardo. Un pequeño ónice de nardo hará salir una tinaja, que ahora reposa en la bodega de Sulpicio, generosa en dar nuevas esperanzas y capaz de diluir las amargas penas; si te urgen estos gozos, ven rápido con tu mercancía: no dejaré que te hartes gratis con mis copas, como si fuera un rico con una casa llena. Deja, pues, los retrasos y tu afán de lucro; acuérdate, mientras puedes, de las negras llamas y pon algo de locura a tu cordura: es grato perder la cabeza en su momento”.



"Báñate las costillas en vino, que ya vuelve la estrella, y es penosa la época, y todo está sediento y con ardor, y suena el son de la cigarra en el follaje; con sus alas derrama su fuerte y continua canción en el verano ardiente... Florece el cardo. Ahora son mucho más pesadas las mujeres y débiles los hombres, porque Sirio abrasa su cabeza y seca sus rodillas". (Alceo, fr. 94 D).

Finalmente, Horacio, como es habitual en estas odas en las que aparece el cuadro inicial de la descripción de la primavera, anima a su amigo a despreocuparse de todo y a disfrutar del momento presente (*carpe diem*). Para ello, le recuerda que "las negras llamas" de la muerte están siempre acechando, si bien ahora, en primavera, aún están lejos: queda todavía el verano y el otoño; hasta el invierno no llegará la muerte.

El mismo mensaje y las mismas reflexiones podemos encontrarlos en otras composiciones en las que, de igual manera, el ciclo de las estaciones refleja lo pasajero de la vida humana. Ya no se abre el poema con la llegada de la primavera, sino que es el invierno de la campiña romana el que trae a la mente del poeta el recuerdo de lo efímero de nuestra existencia. Así lo hallamos en la oda 1.9, en la que hemos de identificar la *écfrasis* del invierno con el frío de la muerte: este paisaje desolado por la muerte le llevan al poeta a pensar en la brevedad de la vida y en la inminencia de la vejez, siempre acompañada de la muerte. El consejo del poeta, en tono epicúreo, es de nuevo el del *carpe diem*: disfrutemos, mientras seamos jóvenes. Veamos el texto:

Vides ut alta stet niue candidum Soracte, nec iam sustineant onus siluae laborantes, geluque flumina constiterint acuto.	
Dissolue frigus ligna super foco large reponens atque benignius deprome quadrimum Sabina, o Thaliarche, merum diota;	5
permitte diuis cetera, qui simul strauere uentos aequore feruido deproeliantis, nec cupressi nec ueteres agitantur orni.	10
Quid sit futurum cras fuge quaerere et quem Fors dierum cumque dabit lucro appone, nec dulcis amores sperne puer neque tu choreas,	15
donec uirenti canities abest morosa. Nunc et campus et areae lenesque sub noctem susurri composita repetantur hora,	20

nunc et latentis proditor intimo  
gratus puellae risus ab angulo  
pignusque dereptum lacertis  
aut digito male pertinaci<sup>9</sup>.

En esta oda el tema de la muerte está implícito. Se exhorta al disfrute de los placeres, del baile, del vino y del amor, sobre todo en un ambiente nocturno, mientras las canas, evocadoras de la nieve que otea en la cima del Soracte, estén ausentes de nuestras cabezas. Observamos una vez más la identificación metafórica de una estación, en este caso la invernal, con una de las fases de la vida, la vejez. Pero en esta oda el mensaje viene dado por contraste entre el invierno presente, tanto en el plano natural como en el humano, y la efímera primavera que aún habita en el destinatario del poema.

Igual ambiente se respira en el epodo 13: cuando en el plano de la naturaleza azota el duro invierno, se acuerda el poeta de que ese invierno también llegará algún día a nuestras vidas; pero ahora, mientras gozamos de una edad florida, disfrutemos la ocasión. La prédica de Horacio, por tanto, es 'a mal tiempo, buena cara': soseguemos nuestras oscuras preocupaciones vitales con el *carpe diem*:

Horrida tempestas caelum contraxit et imbres  
nivesque deducunt lovem; nunc mare, nunc silvae  
Threicio Aquilone sonant. rapiamus, amici,  
Occasionem de die dumque virent genua  
et decet, obducta solvatur fronte senectus.

5

tu vina Torquato move consule pressa meo.  
cetera mitte loqui: deus haec fortasse benigna  
reducet in sedem vice. nunc et Achaemenio  
perfundi nardo iuvat et fide Cyllenea

10

levare diris pectora Sollicitudinibus,  
nobilis ut grandi cecinit Centaurus alumno:  
'invicte, mortalis dea nate puer Thetide,  
te manet Assaraci tellus, quam frigida parvi  
findunt Scamandri flumina lubricus et Simois,  
unde tibi reditum certo Subtemine Parcae

15

---

<sup>9</sup> "Ves cómo se yergue con blanca nieve en las alturas el Soracte y no pueden ya sostener el peso los sufridos bosques, y los ríos permanecen inmóviles helados por dentro. Mitiga el frío añadiendo abundante leña al fuego y saca generosamente, Taliarco, el vino de cuatro años de la tinaja sabina: deja lo demás a los dioses, que hace poco han calmado a los vientos cuando se enfrentaban al embravecido mar, y ya ni los cipreses ni los viejos olmos se zarandean. Evita indagar qué será del mañana y pon entre tus ganancias cada día que la fortuna te conceda, y no desprecies, muchacho, los dulces amores ni las danzas, mientras las penosas canas estén ausentes de tu frondosa cabeza. Ahora debes buscar el campo, las plazas y los suaves susurros en la noche a la hora fijada, ahora la grata risa que delata a la muchacha escondida en un oscuro rincón y la prenda robada sin resistencia a su brazo o a su dedo".

rupere, nec mater domum caerulea te revehet.  
illic omne malum vino cantuque levato,  
deformis aegrimoniae dulcibus adloquiis'<sup>10</sup>.

El tema del epodo es recurrente en la lírica horaciana: mitigar las tribulaciones de la vida con el vino vivificador. Pero lo que aquí nos interesa es la descripción inicial de la estación invernal, que se identifica posteriormente con la etapa vital de la vejez y su compañera la muerte. Invierno, vejez y muerte vuelven a ser lo mismo. Y el consejo de Horacio también se repite: *carpe diem*. Sólo que esta vez se justifica acudiendo a la mitología: también el Centauro Quirón –personificado en el presente por el propio Horacio- aconsejaba a su pupilo Aquiles –identificado ahora con el destinatario del poema- erradicar las penas con el vino. El estilo directo de la alocución del Centauro-Horacio enfatiza y actualiza el mensaje del poeta en el presente.

## 2. Las fuentes literarias y filosóficas de Horacio

El comienzo de los poemas horacianos con la *ékfrasis* de una de las estaciones no es nada nuevo. Ya Catulo comenzaba el poema 46 con la descripción de la primavera como época propicia para iniciar el viaje de regreso a Roma tras finalizar su estancia en Bitinia, donde había estado a las órdenes del propretor Gayo Memio:

iam ver egelidos refert tepores,  
iam caeli furor aequinoctialis  
iucundis Zephyri silesceat auris.  
linquantur Phrygii, Catulle, campi  
Nicaeaeque ager uber aestuosae:  
ad claras Asiae volemus urbes.  
iam mens praetrepidans avet vagari,  
iam laeti studio pedes vigescunt.  
o dulces comitum valetate coetus,

---

<sup>10</sup> “La horrible tormenta ha encogido el cielo y las lluvias y las nieves hacen bajar a Júpiter; ahora el mar, ahora los bosques resuenan con el tracio Aquilón; robemos, amigos, la ocasión al día y, mientras las piernas tienen fuerza y podemos, disípese la vejez de arrugada frente. Escancia el vino pisado en el consulado de Torcuato, el de mi nacimiento, y deja de hablar de lo demás: quizás el dios cambie estos males en bienes. Ahora es útil rociarse con nardo de Persia y con la lira cilenea mitigar las hondas preocupaciones del corazón, igual que el noble Centauro cantó a su excelso pupilo: ‘Invicto, niño mortal nacido de la diosa Tetis, te espera la tierra de Asaraco surcada por las frías aguas del pequeño Escamandro y el resbaladizo Simois, de donde las parcas te han impedido el regreso con su inexorable hilo y tu cerúlea madre no podrá traerte de vuelta a casa. Mitiga allí todo mal con el vino y el canto, que consuelen dulcemente de las penosas angustias”.

longe quos simul a domo profectos  
diversae varie viae reportant<sup>11</sup>.

Y también Lucrecio (1.1-20) había comenzado su obra con una invocación a Venus en la que recalca el poder vivificador de la diosa, lo que le sugiere al poeta una descripción de la primavera en la que parece se inspiró Boticelli para pintar su famoso cuadro. El caso es que la primavera es vista como la estación de la fecundidad y el vigor:

Aeneadum genetrix, hominum divomque voluptas,  
alma Venus, caeli subter labentia signa  
quae mare navigerum, quae terras frugiferentis  
concelebras, per te quoniam genus omne animantum  
concipitur visitque exortum lumina solis: 5  
te, dea, te fugiunt venti, te nubila caeli  
adventumque tuum, tibi suavis daedala tellus  
summittit flores, tibi rident aequora ponti  
placatumque nitet diffuso lumine caelum.  
nam simul ac species patefactast verna diei 10  
et reserata viget genitabilis aura favoni,  
aeriae primum volucris te, diva, tuumque  
significant initum percussae corda tua vi.  
inde ferae pecudes persultant pabula laeta 15  
et rapidos tranant amnis: ita capta lepore 14  
te sequitur cupide quo quamque inducere pergis. 16  
denique per maria ac montis fluviosque rapacis  
frondiferasque domos avium camposque virentis  
omnibus incutiens blandum per pectora amorem  
efficis ut cupide generatim saecula propagent<sup>12</sup>. 20

---

<sup>11</sup> "Ya la primavera trae el clima templado, ya la furia del cielo invernal calla ante la agradable brisa del Céfito. Abandonemos, Catulo, las llanuras frías y las ricas campiñas de la calurosa Nicea; volem a las famosas ciudades de Asia. Ya mi corazón, impaciente, ansía viajar, ya mis piernas, alborozadas, recobran sus fuerzas. ¡Adiós, dulce compañía de amigos: juntos partimos lejos de la patria, diferentes caminos nos devuelven separados!" (traducción de Ramírez de Verger).

<sup>12</sup> "Madre de los Enéadas, deleite de hombres y dioses, Venus nutricia, que, bajo los signos que en el cielo se deslizan, henches de vida el mar portador de naves y las fructíferas tierras; pues gracias a ti cada especie viviente es concebida y surge a contemplar la luz del sol: ante ti, diosa, y a tu advenimiento huyen los vientos, huyen las nubes del cielo, la industriosa tierra te tiende una muelle alfombra de flores, las llanuras del mar te sonrén y un plácido resplandor se difunde por el cielo. Pues en cuanto la primavera descubre su faz y cobra vigor el favonio, soltando su soplo fecundo, te saludan primero, oh divina, las aves del aire y anuncian tu llegada, turbados sus pechos por tu poder; después, fieras y rebaños retozan por los lozanos pastos y cruzan los rápidos ríos: así, prendidos de tu hechizo, te sigue afanoso cada cual por donde quieras guiarlo. En fin, por mares y montes y arrebatados torrentes, por las frondosas moradas de las aves y las verdeantes llanuras,

Asimismo, cuando Lucrecio se ocupa de la cosmología en el libro quinto, hay un momento en que traza una rápida descripción de las cuatro estaciones (5.737-750):

it Ver et Venus et Veneris praenuntius ante  
pennatus graditur, Zephyri vestigia propter  
Flora quibus mater praespargens ante viai  
cuncta coloribus egregiis et odoribus opplet. 740  
inde loci sequitur Calor aridus et comes una  
pulverulenta Ceres [et] etesia flabra aquilonum.  
inde Autumnus adit, graditur simul Euhius Euan.  
inde aliae tempestates ventique secuntur,  
altitonans Volturnus et Auster fulmine pollens. 745  
tandem Bruma nives adfert pigrumque rigorem  
reddit. Hiemps sequitur crepitans hanc dentibus algu.  
quo minus est mirum, si certo tempore luna  
gignitur et certo deletur tempore rusus,  
cum fieri possint tam certo tempore multa<sup>13</sup>. 750

Y también Virgilio, cuando trata de los trabajos del campo en el libro primero de las *Geórgicas*, describe las labores propias de la primavera (*Georg.* 1.43-49):

Vere novo, gelidus canis cum montibus humor  
liquitur et Zephyro putris se glaeba resolvit,  
depresso incipiat iam tum mihi taurus aratro 45  
ingemere et sulco attritus splendescere vomer.

---

hundiendo en todos los pechos el blando aguijón del amor, los haces afanosos de propagar las generaciones, cada uno en su especie". Traducción de Valentí Fiol, *Lucrecio, De la naturaleza*, Barcelona, Bosch, 1984.

<sup>13</sup> "Viene la primavera junto con Venus, y de Venus el alado heraldo va por delante; mientras, siguiendo los pasos del Céfiro, su madre Flora alfombra todo el camino con maravillosos colores y perfumes. Comparece luego el ardiente Calor, y a su lado, como compañera, la polvorienta Ceres y los etesios soplos del Aquilón. Viene después el Otoño, y con él Baco, entre los gritos de '¡Evohé!'. Síguenle climas y vientos distintos, el Voltumo tronando en lo alto, y el Austro, potente en el rayo. Finalmente, el Solsticio invernal trae las nieves y renueva el hielo aterido; en seguida llega el Invierno, crepitando de dientes por el frío. Por todo lo cual, no es tan sorprendente que la luna nazca en un tiempo fijo y se extinga de nuevo en una hora marcada, pues tantas cosas pueden hacerse en orden regular".

Illa seges demum votis respondet avari  
agricolae, bis quae solem, bis frigora sensit;  
illius inmensae ruperunt horrea messes<sup>14</sup>.

En fin, son todos estos autores y textos cercanos al propio Horacio. Su alejandrino y neoterismo quedaron definitivamente demostrados por Pasquali<sup>15</sup>; su filiciación epicúrea y su admiración por el poema lucreciano también son conocidas; y su relación de amistad con Virgilio, participando ambos del buen trato de Mecenas, también está clara. Por tanto, todos estos autores y estos textos aducidos eran bien conocidos por el poeta de Venusa y fueron fuente segura para estos cuadros naturalísticos que hemos examinando.

Pero no podemos olvidar a los autores griegos, tanto a los líricos arcaicos como a los helenísticos, de los que Horacio se confiesa deudor en repetidas ocasiones y cuyo influjo, sobre todo en el caso de los helenísticos, también quedó demostrado por Pasquali. Por tanto, es indudable que para la descripción de la primavera, en esa unión con los placeres del vino y del amor, hubo de tener en cuenta el conocido poema de Alceo ya citado (163P; 39B, 94D)<sup>16</sup>.

Alceo, sin duda, es fuente de Horacio, pero también lo es un autor helenístico como Leónidas de Tarento (*Anth. Gr.*, 10.1):

“Oportuno es el viaje, que vino por fin la parlera golondrina y también el céfiro grato; las praderas florecen y calla la mar, que hasta ahora agitaban las olas y el viento borrascoso. Leva las áncoras, nauta, desata la estacha y hazte al pronto tu entero velamen largando. Tal es lo que aconsejo, Príapo el del puerto; ¡navega, buen amigo, con tu barco mercante”<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> “Al llegar la primavera, cuando en los montes nevados se funde el agua helada y, con el Céfito, se pulveriza la tierra, es el momento justo, a mi juicio, para que el toro empiece a gemir bajo el peso del arado hincado y vuelva a relucir la reja gastada por el surco. Sólo responde a los deseos del labrador avaro aquella tierra que ha sufrido dos veces el sol y otras dos los fríos: su ubérrima cosecha ha llegado a reventar los graneros”. Traducción de Jaime Velázquez, *Virgilio, Geórgicas*, Madrid, Cátedra, 1994.

<sup>15</sup> Cf. G. Pasquali, *Orazio lirico*, Firenze, 1964.

<sup>16</sup> “Báñate las costillas en vino, que ya vuelve la estrella, y es penosa la época, y todo está sediento y con ardor, y suena el son de la cigarra en el follaje; con sus alas derrama su fuerte y continua canción en el verano ardiente... Florece el cardo. Ahora son mucho más pesadas las mujeres y débiles los hombres, porque Sirio abrasa su cabeza y seca sus rodillas”. Traducción de C. García Gual, *Antología de la poesía lírica griega*, Madrid, Alianza, 1980.

<sup>17</sup> Traducción de Fernández Galiano, Madrid, 1981.

Texto helenístico que también parece ser la fuente del poema de Catulo antes leído, por la conexión entre la primavera y la navegación. No obstante, en este tipo de cuadros e imágenes naturalísticos hemos de ver un tópico literario.

Más interesante resulta la interacción entre el ciclo eterno de las estaciones naturales con el ciclo pasajero e irrepitable de la vida humana. Alguna fuente hallamos a este respecto en los líricos griegos; si no, recuérdese el famoso poema de Mimnermo de Colofón (2D):

*“Nosotros, cual las hojas que cría la estación florida de primavera, apenas se difunde a los rayos del sol, semejantes a ellas, por breve tiempo gozamos de flores de juventud, sin conocer por los dioses ni el mal ni el bien. Pero al lado se presentan las Keres oscuras, la una con el embozo de la funesta vejez, la otra con el de la muerte. Un instante dura el fruto de la juventud, mientras se esparce sobre la tierra el sol. Mas apenas ha pasado esa sazón de la vida, entonces resulta mejor estar muerto que vivo. Muchos males entonces asaltan el ánimo. Unas veces el hogar se arruina y vienen los duros acosos de la miseria. Otro, en cambio, carece de hijos, y con ese ansia extrema emprende bajo la tierra su camino hacia el Hades. A otro le apresa una angustiosa enfermedad. Ninguno entre los hombres hay a quien Zeus no dé muchos males”.*

Está claro que Horacio conoce este texto, como también conoce el de Semónides (29D) que no vamos a leer. Pero todas estas son fuentes literarias. Ahora bien, si hemos dicho que toda la poesía de Horacio rezuma filosofía, habremos de buscar la fuente filosófica en la que se basa el Venusino para conectar el ciclo eterno de las cuatro estaciones naturales con el ciclo pasajero e irrepitable de las cuatro fases de la vida humana. Hasta ahora, los críticos han conectado certeramente la visión de la muerte como tormento inevitable y fin de los placeres, junto con la prédica del goce como contrapartida o desquite, con la corriente epicúrea. Y tienen razón. Tanto Virgilio como Horacio se vieron cautivados por el pensamiento epicúreo. Pero hay otra corriente filosófica que triunfaba en la Roma del último cuarto del siglo I a. C., nos referimos al neopitagorismo, que, en nuestra opinión, es la fuente filosófica de Horacio para estos poemas. Diógenes Laercio (*Vit* 8.10) nos trasmite en un texto cómo los pitagóricos parangonaban las cuatro etapas de la vida humana con las cuatro estaciones naturales.

“La vida del hombre la distribuye de esta manera: la niñez, veinte años; la adolescencia, veinte; la juventud, veinte; y veinte la senectud. Estas edades son conmensuradas con las estaciones del año, a saber: la niñez con la primavera, la adolescencia con el estío, la juventud con el otoño y la senectud con el invierno. Por adolescencia entiende la juventud y por juventud la virilidad”<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Traducción nuestra.

*Pues bien, pensamos que el planteamiento horaciano en estas composiciones, además de tener una base literaria en todos los poetas anteriormente señalados, tiene un fundamento filosófico: la corriente neopitagórica que por estas fechas tanto éxito tenía en Roma. Lo que decimos no es nada extraño; también Virgilio, el compañero y amigo de Horacio, llegó a un sincretismo capaz de armonizar en su obra posiciones epicúreas, estoicas, platónicas y neopitagóricas.*